

¿POR QUÉ ESCRIBÍ SODOM UND GOMERA?

La Gomera, la isla predilecta y alternativa de los alemanes, inspira a un escritor de novelas policíacas

MANI BECKMANN (*)

“El drama es una vida de la que se han extirpado los momentos aburridos”, dijo una vez Alfred Hitchcock. No se trata de ser veraz o real sino de componer una historia reconocible y que transpire autenticidad. A veces, los sucesos reales son tremendamente inverosímiles o sumamente antidramáticos. Las historias de ficción no pueden ser nunca así (y aún menos las novelas policíacas), pero es preciso que la gente se vea reflejada y se reconozca en ellas. La autenticidad debería remitir ante todo a lo humano y de manera secundaria a un lugar o localidad. Y si el drama requiere mentir, ¡pues así sea! Lo principal es hacer que lo falso parezca verdadero.

Un lector y autor de novelas policíacas berlinés me comentó una vez: “Cuando se escribe una novela policíaca ambientada en Berlín, uno debe saber que en la ciudad hay ocho departamentos criminales.” Éste es exactamente el tipo de autenticidad que a mí personalmente me es indiferente. No me interesa en absoluto saber cuántos departamentos criminales hay en Berlín, lo que me importa es la personalidad del comisario: el factor humano y no las formalidades.

Tras atender a la lectura de mi primera novela *Die Kette* (Eulenspiegel/Das Neue Berlin, Berlín, 192 pág.), un comisario en jefe de la policía pidió la palabra y me dijo que el pasaje que yo acababa de leer era desde luego original, pero que el departamento de policía criminal obviamente no tenía aquel método de trabajo. Yo me tomé aquello como un cumplido.

Sucede que en efecto las formalidades se convierten en demasiados casos en los auténticos pilares de estas historias (justamente es el caso de las novelas policíacas locales, cada vez más inflacionistas), que parecen guías de viaje y en las que el dictado de reproducir la realidad se sigue ciegamente y a pies juntillas. No obstante, un lugar, al igual que una persona, debe poseer una función dramática, porque de lo contrario se convierte en un lastre, en un fin en sí mismo. Personalmente, comparto la siguiente opinión de Hitchcock: “Hay que intentar incorporar a la historia

Apropiarse de determinados lugares para componer una novela es una tarea comparativamente sencilla, puesto que éstos no se oponen a nada. Simplemente están ahí para quien desee describirlos y conferirles vida y desee sacar partido de ellos como mejor estime. En estos casos, no es importante la belleza en sí misma sino la carga de tensión del relato.

EL ESCRITOR ALEMÁN MANI BECKMANN.



ANELIO RODRÍGUEZ CONCEPCIÓN.

PORTADA DE LA NOVELA *SODOM UND GOMERA*.



las particularidades del lugar. Los mares y lagos deben estar presentes en la historia para que alguien pueda ser ahogado, así como las grandes montañas, para que la gente pueda ser arrojada por un precipicio." Quizá fue éste el verdadero caldo de cultivo de mi idea de escribir una novela negra de viajes en La Gomera. Precisamente cuando me hallaba en la cima de una de sus montañas y desde aquel acantilado miré al profundo abismo de 800 metros que se extendía bajo mis pies, pensé: "¡Aquí podría lanzarse a un hombre al vacío!"

La isla canaria de La Gomera parece hecha expresamente para ambientar una novela policíaca. Creativamente por todos lados acecha la muerte. Uno puede imaginarse como un personaje se despeña por cualquiera de sus abruptos barrancos, se ahoga en el mar, muere bebiendo en alguno de sus bares o es asesinado en una de sus calles. Imaginarse todos estos funestos desenlaces mientras uno se echa una cabezadita estirado en una playa de arena negra, da sorbos a una lata de cerveza y observa personas desnudas jugando un partido de *volley-playa* puede parecer extraño pero al mismo tiempo me produce una morbosa atracción.

Mi investigación criminológica durante las vacaciones de verano. O las ideas homicidas bajo un cielo sereno y con un estado de ánimo igualmente plácido. - Gracias a una serie de largas excursiones, pronto pude localizar e inspeccionar minuciosamente los lugares de atmósfera más interesante de la isla. Los senderos y paseos se transformaron así en vías de huida, las carreteras en escenarios de persecuciones y las plácidas rutas turísticas en barco en accidentados viajes novelescos. ¡Pero los lugares no son nada sin una historia, un argumento o unos personajes!

Y si el paraje en cuestión no tenía las características que exigía la acción o los personajes de la historia, pues simplemente había que inventarlo y acabar de redondearlo con algo de fantasía. Así, aparece un motel de aspecto americano en medio de una platanera o una hacienda feudal en plena montaña, la cual sirve como morada a una misteriosa secta criminal de oscuros propósitos; ambas localizaciones están configuradas a partir de modelos reales, pero sus usos habituales están totalmente pervertidos y su ubicación no se corresponde con la realidad. Al fin y al cabo que algo sea siempre reconocible no es el primer mandamiento del escritor.

El foco delictivo de mi relato, un antro con mala fama ubicado en el Valle Gran Rey, en la costa suroeste de la isla, planteaba el único problema. Un bar del barrio de Vueltas había atraído mi atención por lo que decidí convertirlo en el epicentro de mi novela, y sólo contra mi voluntad lo hubiera transformado en algo irreconocible. Desde luego el bar era ideal como escenario de un crimen.

Así que me metí en la cueva del lobo para pedir permiso al propietario. "Claro,

ningún problema", dijo Christian, el propietario del *Cacatúa-Bar*, "siempre que se trate sólo de una novela." Tuve que confesarle algo vacilante que tenía pensado convertir su local en un lugar sórdido, abyecto y nido de malhechores. "Cuanto más abyecto, mejor", contestó él secamente. "Siempre y cuando no escribas una guía de viajes."

Apropiarse de determinados lugares para componer una novela es una tarea comparativamente sencilla, puesto que éstos no se oponen a nada. Simplemente están ahí para quien desee describirlos y conferirles vida y desee sacar partido de ellos como mejor estime. En estos casos, no es importante la belleza en sí misma sino la carga de tensión del relato. Y sin embargo uno no puede dejar de sentirse abrumado por los parajes de La Gomera, sobre todo cuando el siroco transporta hasta la isla la hirviente arena del desierto y todo el paisaje queda bañado por una fantasmal luz amarilla. En más de una ocasión, he tenido la sensación de estar en el cine viendo una película (alguna del indio Winnetou, *Tiburón* o quizá *El cielo protector*). Y entonces me daba cuenta de que estaba en el sitio correcto.

En cambio, la gente autóctona tiene un carácter complicado. Las palabras mágicas son "entorno", "escena", y en un grado superior "cultura". ¡Y todo tiene siempre aspecto de autenticidad! Franca-mente, Valle Gran Rey posee entornos, escenas y movimientos culturales a raudales, y a uno lo bombardean a todas horas con conceptos relacionados con estos términos. Se habla del "entorno esotérico", la "cultura alternativa", el "mundo de los psicotrónicos", la "subcultura", la "movida hippy" y la "escena *freak*". Además, "el Valle" (como es cariñosamente llamado por sus habitantes) es el baluarte del turismo alternativo alemán en La Gomera. Es cierto que hace tiempo que dejó de ser una joya desconocida para unos pocos privilegiados pero sigue siendo un lugar lo suficientemente evocador como para despertar recuerdos del ya lejano Woodstock e ideal para someterse a una regeneradora terapia en uno de sus muchos psicotalleres.

Como autor debería opinar que es preciso mantener los ojos bien abiertos y agudizar los oídos para captar el ominoso espíritu de la época, aun cuando como en esta ocasión sea el de los ya pasados de moda años '70. ¡Ni hablar, me niego!

La vida en este biotopo alternativo te lleva a construir deplorables clichés que reproducidos en una novela tendrían un efecto enormemente absurdo. Las toallas con estampados *batik*, los flautistas de playa que tocan constantemente *El cóndor pasa*, las terapias a base de tumbarse y ponerse velas indias en los oídos y los oráculos de piedras forman parte de la realidad - concentrada - de esta isla. Si se reproduce esta realidad tan concentrada, se produciría incredulidad en el lector, por lo que ésta debe ser suavizada para no disminuir la intensidad del relato y para no entorpecer el reconocimiento de los lugares citados. Todos los personajes de mi

novela se basan en estereotipos reales y en experiencias vividas en primera persona pero ninguno de ellos invita al lector a sentirse sorprendido ni percibir que se ha expuesto su intimidad.

Incluso cuando doy rienda suelta a mi imaginación, siempre me atengo a lo que conozco y a lo que he experimentado por mí mismo. Y para llegar a conocer o averiguar algo, soltar alguna que otra mentira suele ser muy conveniente, ya que mentir forma parte del oficio. Así pues a la pregunta que me suelen formular cuando estoy en la playa de "¿A qué te dedicas?", contesto con una atrevida falacia: "Soy comerciante industrial".

Dicha réplica deja ipso facto bajo mínimos el interés hacia mi persona, por lo que acto seguido puedo deleitarme escuchando a mi interlocutor en lugar de hablar sobre mí. Si por el contrario fuera sincero y dijera: "Estoy escribiendo una novela policíaca que transcurre en La Gomera y estoy aquí investigando", todos los allí presentes se convertirían en actores y adiós a mi deseada autenticidad. Por otro lado, si dijera: "Soy psicólogo", nadie se atrevería a abrir la boca por miedo a ser psicoanalizado.

¿Cómo me documento entonces para escribir una novela policíaca? Desde luego no limitándome a copiar la realidad ni husmeando por ahí todo el día pertrechado con un *bloc* de taquigrafía y una cámara de fotos. Ni tampoco transcribiendo el texto de los planos de ciudad después de informarme oportunamente en la guía cultural sobre los lugares de obligatoria visita.

No digo que no se pueda pergeñar una novela de esta forma, pero el caso es que a mí sólo me gusta escribir relatos sobre personas que conozco personalmente y en torno a lugares que he visitado, que amo, o aún mejor que odio, con el fin de modificarlos a mi gusto, reducirlos a pedacitos y recomponerlos después como me plazca. O parafraseando de nuevo las palabras de aquel colega escritor antes citado: es preciso saber que en Berlín hay ocho departamentos criminales para acto seguido no tener que preocuparse más sobre el asunto.

En cuanto a cómo se investiga, no hay una respuesta clara. La lectura de una novela de Wilkie-Collins puede ser más esclarecedora a este respecto que una entrevista con un recluso de la prisión de Tegel, Berlín, y unas cuantas páginas de la *Enciclopedia Brockhaus* proporcionarte más información que una sesión en un juicio. Ante todo es preciso saber a ciencia cierta sobre qué se escribe, o bien tener claro a quién se está copiando.

Y si es posible investigar mientras se pasan unas vacaciones disfrutando del sol, ¡tanto mejor!

(*) Artículo publicado en *Welt am Sonntag* (*El mundo del domingo*). Mani Beckmann es autor de nueve novelas (negras e históricas). *Sodom und Gomera* se publicó por primera vez en Bastei Lübbe y ha sido reeditado, también en alemán, por la editorial canaria Zech.

El Valle (como es cariñosamente llamado por sus habitantes) es el baluarte del turismo alternativo alemán en La Gomera. Es cierto que hace tiempo que dejó de ser una joya desconocida para unos pocos privilegiados pero sigue siendo un lugar lo suficientemente evocador como para despertar recuerdos del ya lejano Woodstock e ideal para someterse a una regeneradora terapia en uno de sus muchos psicotalleres